

# El paso de los Andes por el Ejército Libertador

**Rafael Mojica García**  
Rector de la Universidad del Meta

**Discurso pronunciado por el Dr. Rafael Mojica García en el Salón de Sesiones del honorable Concejo Municipal de Tunja, en la reunión conjunta celebrada con la Academia Boyacense de Historia, el 6 de agosto de 2003, para conmemorar un aniversario más de la fundación de la capital del Departamento de Boyacá. En esta solemne ocasión se posesionó como miembro correspondiente nacional de la Academia Boyacense de Historia el Dr. Rafael Mojica García.**



El texto de su patriótica disertación dice:

Una de las gloriosas y épicas jornadas realizadas por el genio de la guerra consistió en el paso de los Andes por parte del Ejército Libertador.

“El 22 de junio de 1819 llegan a Pore, capital de la provincia del Casanare, todos los soldados que han de cruzar la cordillera de los Andes por el Páramo de Pisba. Los gigantescos Andes, que se consideran intransitables en esta estación, parecían poner una barrera insuperable a la marcha del ejército. Durante cuatro días lucharon las tropas con las dificultades de aquellos caminos escabrosos, si es que precipicios escarpados merecen tal nombre. Los llaneros contemplan con asombro y espanto las estupendas alturas, y se admiraban que existiese un país tan diferente del suyo. A medida que subían y a cada montaña que trepaban, crecía más y más su sorpresa, porque lo que habían tenido por última cima no era sino el principio de otra y otras más elevadas, desde cuyas cumbres divisaban todavía montes cuyos picos parecían perderse entre las brumas etéreas del firmamento”.

Allí están los imponentes Andes. Desde Tame, varios días atrás, Bolívar y su Estado Mayor han ana-

lizado las diferentes rutas para su ascenso. La de San Camilo debió ser la primera en ser descartada, pues empuja más a Cúcuta que a Sogamoso, como la población objetivo.

La de San Juan de los Llanos es la de los conquistadores. Se llega a Pie de Gallo y por ella se sale a Chita y luego a Tunja. Es el camino que trae ganado a Vélez, Socorro, San Gil y Girón. Es muy conocida. Hay una llamada Boca de Monte de Gallo, cercana al anterior; por ella bajaron los revolucionarios de Tunja y El Socorro.

La de Chire, que sale a Chita, a El Cocuy, Tequie, Soatá, Pamplona y Girón, es ganadera y por ella se va la de Medina que tiene dos vías: El Atajo y Mámbita. Atraviesa los farallones de su mismo nombre y sale a Gachetá, Guachetá y Guasca y de ahí a Santafé. Esta ruta obligaría a batirse con el grueso del ejército español.

La de la Cabuya de Cáqueza. Construida por los chibchas y conservada por los encomenderos del partido de Ubaque, Cáqueza, Chipaque, Une, Fosca, Fómeque y Choachí. Se llega a Santafé por el cerro de Guadalupe. En 1760 el Virrey Solís la rehabilita

hasta San Juan de los Llanos. La Cabuya está situada en el Puente de la Barca, delante de Quebrada Grande como quien va para la de Naranjal, antes de Tengavita. Don Eugenio de Alvarado, Marqués de Tobulosa, organizó desde Cáqueza el tráfico de víveres y ganado que va de San Fernando (Venezuela) al Guaviare, de éste al Guayabero y de aquí a los llanos de San Martín y a Santiago de las Atalayas. Los despachos se vigilan desde Iracá, cerca del Ariari y se transporta principalmente: cacao, arroz, maíz, caña dulce, y "cargazones de manteca de marrano". Se cobra un real por cada cabeza de ganado. El viaje es del



El paso de los Andes. Museo Nacional/ Francisco A. Cano.

puesto de Pachaquiario a Apiay, de aquí al cerro de Buenavista, sigue Pipiral, Susumuco y el cruce del río Negro en Taravita, luego La Laguneta, Estagico, Cáqueza, Chipaque y Santafé. Desde Pachaquiario el viaje dura 12 días, con ganado veinte. Cuatro caminos más: el del Trapiche del Toche, el de Chámeza, el de la Salina de Chita y la ruta usada por Federmán que consiste en salir del Ariari y ascender al Páramo de Sumapaz, para caer sobre la capital. Se apartan los anteriores y tan solo quedan dos a elegir: el de la Salina de Chita, propuesto por Bolívar, y el del Páramo de Pisba, propuesto por Santander.

El 23 comienza la marcha de todo el ejército. Bolívar ha aceptado el camino de Pisba, por encontrarse con menos número de tropas españolas y por ser menos fortificado militarmente. Usualmente es poco transitado en el verano y enteramente abandonado en el invierno.

"Al acercarse a las montañas el aspecto del paisaje cambia considerablemente: el terreno se va haciendo cada vez más desigual, y a las aguas estancadas, a los ríos fangosos de las llanuras sucédense arroyos rápidos".

"Las plantaciones se encuentran también más frecuentemente, y las casas, aunque más pequeñas que las de los llanos, están mejor construidas y mejor cui-

dadas. A medida que disminuyen los grandes rebaños, el número de gallinas y de cerdos aumenta. Hay también mayor facilidad para procurarse arepas. El frío comienza a hacerse sentir vivamente, sobre todo de madrugada, cuando el viento sopla desde las nevadas cimas de la cordillera...".

"Pronto fue necesario que la caballería se encargase de llevar las armas y los equipos de los infantes, y éstos tuvieron que formar dos líneas, agarrándose fuertemente de la mano cada tres soldados, porque el ímpetu de los torrentes era tan grande que a menudo derribaba a los hombres y a veces los arrastraba".

"Bolívar cruzaba estos torrentes repetidamente, llevando a la grupa soldados débiles o enfermos, o mujeres que acompañaban a sus maridos".

"Como los caminos continuaban subiendo y se hacían pedregosos los caballos que eran originarios de las llanuras empezaron a resistirse o a cojear, porque no estaban habituados a marchar por terreno duro, y nunca habían subido o bajado por lugares más escarpados que las orillas de los ríos donde solían beber"<sup>1</sup>.

En la capital del virreinato, el Virrey Sámano le increpa al general Barreiro por estar enviándole noticias que el propio virrey le ha comunicado. En otro

1. Daniel Florencio O'Leary. "Campanas y cruceros". Citado por Cayo Leonidas Peñuela. *Álbum de Boyacá*. Página 221.

oficio considera Sámano que los insurgentes no pueden intentar movimientos sobre los valles del Cúcuta, sin el apoyo marítimo de Mac Gregor. No es muy probable tampoco una invasión por Tenza o Cáqueza, pues el invierno la hace demasiado difícil; sin embargo, hay que estar prevenidos y para ello ha dado las instrucciones necesarias al comandante de Gachetá. Envía tropas a la Cabuya de Cáqueza; ha retenido en Santa Fé a la compañía del segundo del Rey que pensaba mandar a Panamá. Ordena venir del Valle de Tenza al Teniente Coronel Simón Muñoz, con dos compañías de caballería, y avisa a los gobernadores de Cartagena y Santa Marta. Barreiro, quién creía que la invasión vendría por Santa Marta, debe atender la vigilancia del Valle de Tenza. El capitán de Gachetá, debe espiar en Medina, tanto por el camino del Atajo, como por el de Mámbita y debe internarse en el Llano a observar las fuerzas de los enemigos y el camino que tomen.

“Los estrechos senderos que conducen a los páramos bordean precipicios, rodean entre salvajes montañas totalmente deshabitadas y cubiertas de inmensos bosques que interceptan la luz casi por completo. Los árboles se elevan a tal altura que sus copas detienen constantemente las nubes a medida que estas pasan, y de ello resulta una continua llovizna. Esta circunstancia explica lo resbaladizo, y por lo tanto, peligrosos que son los senderos de esas montañas”.

“En varios sitios los torrentes que se precipitan de roca en roca perpendicularmente bajo los senderos, se hallan a tan enorme distancia, que apenas llega el ruido de su caída al oído del viajero; los soldados no marchaban sino muy trabajosamente por aquellos lugares caóticos, concíbese fácilmente que los caballos y los bueyes habían de encontrar obstáculos a cada paso. Estos animales se hallaban debilitados al extremo, por no encontrar más alimentos que musgo y líquenes...”

Era frecuente que los soldados se abalanzasen sobre los cadáveres de los bovinos, los equinos y los mulares para desprender con avidez las pieles de las reses muertas para cubrirse con ellas y, así, abrigar un poco sus helados cuerpos.

El 27 de junio de 1819 llega a la población de Paya la vanguardia del ejército patriota. A su mando va el joven general neogranadino Francisco de Paula

Santander. En su mente lleva un sólo propósito: cruzar el temible páramo de Pisba de tal manera que sirva de aliento a las tropas restantes.

Bolívar le ha pedido que los espere allí, pues aunque va pisándole los talones, ya que se encuentra en Morcote, no puede continuar la marcha al encontrarse casi totalmente desabastecido. Solamente hay plátanos para comer, el ganado viene mucho más atrás, más allá del río Tocaría. Además hay rumores; se habla de lo imposible de coronar los niveos penachos de la poderosa cordillera, se habla de que la gente muere porque el aire no existe y además, se dice, que varios oficiales y cientos de soldados han desertado ante lo quimérico de la empresa.

Bolívar le ordena a Soublotte, jefe del Estado Mayor, que se regrese y apresure la marcha del ganado y de las tropas al mando del coronel Juan Nepomuceno Moreno.

La vanguardia espera la llegada de las reses y de los caballos. Ignoran que el coronel Juan Nepomuceno Moreno, jefe de la caballería del Casanare ha desertado, en compañía de los coroneles venezolanos Rodríguez, Ortega y Pérez, quienes huyen con la mitad de los caballos. De los 1.082 jinetes quedaron 500.

Santander, entre tanto, debe enfrentarse al sargento mayor Juan Figueroa y Ladrón de Guevara, quien se halla con sus doscientos hombres, parapetados todos en unas fortificaciones estratégicamente intocables. Es una curiosa edificación de la ingeniería militar española, en forma de estrella, lo que permite desplazarse dentro de ella, rápidamente, a cualquiera de los puntos cardinales. Santander le ordena al teniente coronel Antonio Arredondo, y a un grupo de soldados del batallón Cazadores, escalar unas trochas muy angostas y excesivamente empinadas para que se coloquen dentro del bosque.

El capitán Juan José Reyes con un piquete de los Guías de Casanare debe avanzar de frente. Se trata de atacar por el mayor número de lados para así desconcertar al enemigo. Los avances de Arredondo al frente y de Reyes por el camino principal, decidido y temerario, a pesar del nutrido fuego español, hacen que éstos dejen la fortaleza y huyan hacia la cumbre de la montaña más próxima, que es exactamente el lugar por donde estará llegando el fuerte de la tropa libertadora.

Se ataca la parte oriental de la pequeña población de Paya para rendir a los realistas, pero los valientes españoles se defienden arduamente, haciendo cada vez más intenso el contraataque y produciendo las primeras víctimas en el ejército criollo. Caen el teniente Eusebio Antolínez y el sargento Ignacio Terco.

Los españoles empiezan a causar serias bajas al disparar piezas de artillería y cuya acción empieza a inclinar a su favor el combate. De pronto, Antonio Arredondo, irrumpe con sus infantes por el flanco izquierdo del ejército español, con tanta ardencia, que los fuerza a regresarse a la fortaleza en forma de estrella.

Santander ve esta acción como el comienzo de la retirada, por lo que ordena una carga final, una carga con todo, una carga desesperada que él mismo comanda al lanzarse al combate al frente de su guardia personal.

Mueren el capitán Diego Esparragosa, los tenientes Félix Blanco y Bautista Crazate, todos héroes de las Queseras del Medio y un grupo de valientes soldados que ofrendan su vida en aras de la libertad. Santander mismo es herido. La oficialidad española huye en dirección a Labranza Grande, dejando en el campo a sus muertos, sus heridos, sus prisioneros y gran cantidad de vituallas y armamento.

Se había ganado el primer encuentro. La primera luz del triunfo empezaba a brillar en las armas de la República.

Seis días más tarde fue preciso reunir al alto mando militar en un sitio llamado el Llano de Miguel. Bolívar les manifiesta el incesante rumor de que lleva a las tropas a un desastre seguro, les recapitula lo duro de lo hasta ahora logrado, les cuenta la imparable desertión que baja enormemente la moral de las tropas, les narra que carecen de alimentos, que no hay ganado, que no hay caballería y que ni siquiera ropa tienen para sobrellevar aquellos parajes tan helados, y como si fuera poco, lo peor esta por venir. Así que propone regresar al Casanare, alistarse para marchar a Venezuela y una vez en esta nación entrar a la Nueva Granada por la provincia de Cúcuta.

Santander respetuoso pero enérgico rechaza este plan. Él tiene un inmenso deseo de libertar a su patria y nada lo hará regresar. Él haría con las tropas neogranadinas el ascenso de la cordillera, reconocería el terreno, informaría sobre los recursos y la opi-

nión de los pueblos, y combatiría al enemigo si estaba apoderado de los puntos precisos para llegar a Tunja. Si era destruido, las tropas venezolanas quedaban intactas para seguir obrando como antes lo habían hecho sin contar con las de Casanare, pero por el contrario, si lograba una perspectiva lisonjera esperaba que todos lo siguieran. Con entusiasmo les narra el triunfo obtenido un par de días atrás contra las tropas realistas comandadas por Ladrón de Guevara.

Bolívar, vacila, otros oficiales apoyan las palabras de Santander, entre ellos, el coronel Lara de la alta estima del Libertador. El general Anzoátegui se propone emular al propio Santander y dentro de todos ellos se levanta la voz del sacerdote y coronel Ignacio Mariño, quien inspirado por la divinidad le dice la siguiente inmortal oración:

“Señor: es preciso que os haga presente que lo propuesto es una quimera irrealizable; los godos están, es verdad, haciendo pesar más su tiranía sobre nuestra hermana la Capitanía General de Venezuela, que sobre nuestra amada Nueva Granada, pero ¿sabéis por qué?: es porque en Venezuela están más potentes. Ir a libertar a Venezuela con nuestro pequeño ejército sería ir a sacrificar inútilmente las vidas de nuestros valientes; sería ir a colocarnos audazmente en el pecho del tirano para que nos ahogara en sus espantosos brazos; nuestra audacia no sería suficiente para librarnos de nuestra desgracia”.

“Nosotros marcharemos a Venezuela, si vos lo ordenáis; no habrá uno solo de nosotros que deserte de vuestro lado; pero pensad general, que la responsabilidad es inmensa; vais a sacrificar la vida de los que os oigan, y no debéis tener ni la esperanza de libertar a Venezuela, porque es imposible resistir al poder que allí tienen los españoles, y forzosamente habremos de perecer, y con nosotros toda esperanza de libertad para la patria”.

“Vamos a libertar el Reino, y aunque es menor el poder que los españoles tienen aquí, todavía necesitamos hacer esfuerzos verdaderamente heroicos; trabajaremos, pero con esperanza, y moriremos muchos, sin duda, pero los que queden verán la libertad de la patria”.

“¡General! No me mueve un vil egoísmo, no; es sólo la convicción de que en Venezuela, vuestra cara

y desgraciada patria, serían inútiles nuestros sacrificios, mientras que aquí ellos serán fructuosos y nos procurarán recursos para marchar, ya fuertes, a Venezuela. Atended, señor, la voz de un patriota que no ambiciona títulos ni honores. Si la Providencia me concede la vida después del triunfo, ésta será mi única recompensa; yo volveré a mi claustro y dejaré las charreteras, porque me serán inútiles. Acceded, señor, os lo suplico, os lo ruego, os lo pido por esta corona que me consagra ministro de Dios”.

Bolívar reflexiona y entusiastamente decide que la campaña continuará. Ordena a Santander permanecer a la vanguardia. Reúne en madrina las 300 reses que se han traído del Tocaria. Trata de proveer de ropa a los más desabrigados. Revisa las armas y la munición. Les habla a los soldados de la gloria que les espera. Ordena al sargento mayor Joaquín París adelantarse y difundir una proclama de liberación a los pueblos al otro lado de la cordillera.

“El paso de Casanare por entre sabanas cubiertas de agua, y el de aquella parte de los Andes que quedaba atrás, aunque escabroso y pendiente, era en todos sentidos preferible al camino que iba a atravesar el ejército. En muchos puntos estaba el tránsito obstruido completamente por inmensas rocas y árboles caídos, y por desmedros causados por las constantes lluvias que hacían peligroso y deleznable el piso. Los soldados que habían recibido raciones de carne y

arracacha para cuatro días, las arrojaban y sólo se curaban de su fusil, como que eran más que suficientes las dificultades que se les presentaban para el ascenso, aún yendo libres de embarazo alguno. Los pocos caballos que habían sobrevivido perecieron en esta jornada. Tarde de la noche llegó el ejército (la 2da. División) al pie del páramo de Pisba y acampó allí; noche horrible aquella, pues fue imposible mantener lumbre, por no haber en el contorno habitaciones de ninguna especie, y porque la llovizna constante, acompañada de granizo y de un viento helado y perenne, apagaba las fogatas que se intentaba hacer al raso, tan pronto como se encendían”<sup>2</sup>.



El Páramo de Pisba es una joya de la naturaleza situada en el centro oriente de la cordillera oriental, localizado dentro del hoy Parque Nacional Natural del Cocuy y se extiende por los municipios de Cubará, Chiscas, Chita, El Espino, Güicán, el Cocuy en el Departamento de Boyacá; los de Tame y San Lope en el Arauca y los de La Salina y Sácama en el Casanare. Es una extensión de 30,6 Km<sup>2</sup>. También recibe los nombres de Chita, Güicán o del Cocuy.

Parece una gradiente altitudinal desde los 600 metros hasta los 5.330 metros sobre el nivel del mar. Su temperatura suele ser de 14°C bajo cero.

En la zona oriental están las cuencas de los ríos Arauca y Casanare, en el Piedemonte Llanero se destaca un ecosistema selvático, y en la montaña el bosque andino, el páramo y el nevado.

Son más de 20 picos nevados y lagunas de origen glaciar. En los alrededores se hallan el oso de ante-

2. O'Leary. Citado por Cayo Leonidas Peñuela. Página 235.

ojos, dantas, venados, águilas reales y tigrillos que se escabullen entre los montes de amarillos, cedros y totumos.

Entre tanto, Bolívar y la retaguardia marchan hacia el valle. El temor entre la tropa se siente. Los llaneros, en especial, los apureños, se resienten cada vez que culminan un penoso ascenso, pues al llegar, creyendo que es el final, viene otra montaña más alta. ¿Qué importancia tiene liberar a un país tan inhóspito y tan arrugado?

“Empezamos a ver entonces frecuentemente los picachos nevados de los Andes, por las anchas hendiduras de las montañas inferiores que a ellos conducen, y no concebíamos cómo habíamos de franquear, aquella barrera, en apariencia inaccesible. Ciertamente que cuanto más contempla un viajero aquellas imponentes montañas, tanto menos concibe la posibilidad de pasarlas”. (Cruces y Cruzeros)<sup>3</sup>.

“Como las tropas estaban casi desnudas y la mayor parte de ellas eran naturales de los ardientes llanos de Venezuela, es más fácil concebir que describir sus crueles padecimientos. Al siguiente día franquearon el páramo mismo, lúgubre e inhospitalario desierto, desprovisto de toda vegetación a causa de la altura. El efecto del aire frío y penetrante fue fatal en aquel día para muchos soldados; en la marcha caían repentinamente enfermos muchos de ellos y a los pocos minutos espiraban. La flagelación se empleó con buen éxito en algunos casos para reanimar a los emparamados, y así logróse salvar a un coronel de caballería”.

“El páramo de Pisba es la tercera región o cumbre de la cordillera, muy irregular, así en su estructura como en sus varios aspectos”.

En el páramo tan sólo hay frailejones y el silbante vuelo del majestuoso cóndor.

“Su nudo principal está en la Sierra Nevada, enorme macizo como de cuatro leguas de longitud y una de latitud, siempre cubierto de nieve, y cuya altura ha sido medida y calculada en diferentes ocasiones, pero dando siempre cifras muy variadas, pues si Humboldt le da sólo 4.875 metros, Vergara y Velasco 5.085, Hettener 5.300 y Codazzi 5.943; Mosquera sube esta

cifra a 5.983. Su punto culminante es el Pan de azúcar, cuyo costado sudoeste tiene el llamado Pulpito del Diablo, pequeño peñón que interrumpe con su negrura el blanquísimo cendal de toda la capa de nieve; sigue luego El Campanario, y al extremo sur la eminencia de Cusirí, a cuyo pie se abrió un camino, hoy poco menos que abandonado. Desde el Nevado, en los días serenos y despejados, se divisa una gran parte del territorio colombiano y aun parte del de Venezuela, pues no solo se distinguen la Sierra de Santa Marta y la serranía de Mérida, sino el Lago de Maracaibo, las llanuras de la Costa, los picos del Quindío y gran parte del valle del Magdalena”<sup>4</sup>.

La tropa avanza y con admiración observa los nevados picos del Ritocubas, del Pan de Azúcar, del Castillo y del Pulpito del Diablo.

“Como continuación de este altísimo eje de la cordillera siguen los páramos de Rechíniga y la Caña, por el cual atraviesa el camino que conduce de las provincias del Norte y Gutiérrez, por Chita, a La Salina, vía proyectada en un principio por el Libertador para la expedición de 1819; más al sur está Canoas y Pueblo Viejo ya a continuación el de Pisba, de unos 4.000 metros, nebuloso en invierno, por lo cual no se le transita sino en el verano; demora al sur de éste el de San Ignacio, algo más bajo y por lo mismo de más frecuente paso para Labranza Grande y otras tierras del Llano; se halla luego el bien extenso de Toquilla y enseguida los de Alfombras y Peñanegra, por donde cruzan senderos abiertos por agricultores y negociantes de sal, y que van a las varias salinas que hemos ya enumerado en la vertiente oriental de la cordillera. A pesar de la excesiva elevación de esta zona, se encuentra bastante poblada y cultivada en dondequiera que la altura no pasa de 3.500 metros; y en algunas porciones cercanas al Nevado es tal lo fuerte y suculento de los pastos, que los ganados deben mudar de paradero a fin de no morir de puros gordos, fenómeno que no sabemos que se verifique en otra parte”.

“Por lo demás, el excesivo frío (de 4 a 8 grados centígrados bajo cero) y las brumas que la cubren casi todo el año, hacen de esta región una tierra triste en lo general, habitada por cóndores que se ceban en los ganados, por venados y osos; la escasa vegetación ape-

3. O'Leary. Citado por Cayo Leonidas Peñuela. Página 234. 4. Ídem. Página 235.

nas cubre las cañadas, porque las lomas se presentan escuetas y peladas, cuando llegamos a los páramos, que carecen de vegetación, hallamos que el viento era tan penetrable que helaba aún a los que estaban mejor vestidos, y éstos eran pocos, desgraciadamente por aquella época, en el ejército de Bolívar”.

“El aspecto de los Andes entre estas cadenas de montañas es magníficamente salvaje. Aunque parecen enteramente nevados, vistos desde las montañas inferiores, hay, sin embargo, poca nieve en los páramos a causa de las violentas ráfagas de viento que los barren constantemente”.

“Hay también en los flancos de algunos picos elevados, precipicios de rocas sólidas, donde la nieve no puede permanecer; pero cuando estas montañas son vistas de cerca, se observa que el hielo está incrustado en ellas, y que en varios lugares tienen hondonadas donde las cascadas brotan continuamente”.

“A contar desde esta altura de los Andes, no hay ya senderos, porque el terreno es rocoso y quebrado, sin otro signo de vegetación que líquenes de color obscuro. No es difícil, sin embargo, encontrar rumbo, porque se halla indicado por osamentas de hombres y animales que han perecido al tratar de atravesar los páramos con mal tiempo. Se ve en las rocas una multitud de crucesitas, plantadas, sin duda por manos piadosas, en memoria de los viajeros que allí perdieron la vida, y en el suelo se encuentran maletas, correas y otros artículos de la industria humana, pertenecientes a las víctimas de la montaña”.

“A semejante altura, la situación del ejército es realmente espantosa: sobre su cabeza se alzan enormes bloques de granito, y a sus pies se abren insondables abismos que le atraen. El silencio de estas agrestes soledades no se ve turbado por rumor alguno, a excepción del grito del cóndor y el monótono murmullo de los lejanos manantiales. Ocurre a menudo que es preciso tumbarse para evitar la impetuosa violencia del viento. El cielo, constantemente de un azul oscuro, parece más cerca de nosotros que cuando lo veíamos desde los valles; pero aunque el sol no esté velado por ninguna nube, no parece poseer calor alguno, y no da sino una luz pálida y enfermiza, como de luna llena”.

“El cansancio y el frío, añadidos al estado de debilidad en que se encontraban los soldados, faltos de suficiente alimento, empezaron a dar resultados. Era casi imposible impedir que se tumbasen, a causa del excesivo sopor que experimentaban. Este sopor es casi siempre síntoma precursor de la muerte. Los que cedían a esta fatal somnolencia no tardaban en ponerse lívidos, y morían sin dolor aparente, como víctimas de un ataque de apoplejía. El extremo enrarecimiento del aire puede producir este resultado”.

“Hombres acostumbrados en sus pampas a atravesar ríos torrentosos, a domar caballos salvajes y a vencer cuerpo a cuerpo el toro bravío, al cocodrilo y al tigre se arredran ante el espectro de esta naturaleza extraña. Sin esperanzas de vencer tan extraordinarias dificultades, y muertos ya de fatiga los caballos, persuadiéndose de que solamente locos pudieran perseverar en el intento, por climas cuya temperatura embargaban sus sentidos y helaban su cuerpo, resultó que muchos se desertasen”<sup>5</sup>.

“Cien hombres habrían bastado para destruir al ejército patriota en la travesía del páramo. En la marcha era imposible mantener juntos a los soldados, pues aun los oficiales mismos apenas podían sufrir las fatigas del camino, ni menos atender a la tropa. Aquella noche fue más horrible que las anteriores, y aunque el campamento estaba más abrigado y era menos frecuente la lluvia, perecieron muchos soldados a causa de sus sufrimientos y privaciones. A medida que las partidas de diez o veinte hombres descendían juntos del páramo, el presidente los felicitaba por el próximo término de la campaña, diciéndoles que ya había vencido los mayores obstáculos de la marcha”<sup>6</sup>.

En un solo día debe hacerse el cruce de la cima de aquel imponente monstruo. Todos verán de cerca los negros ojos de la dulce parca. En la ascensión se siente el terrible soroche o mal de las alturas. El aire enrarecido de las cúspides demanda del cuerpo humano mayor oxígeno, el cual sólo se obtiene con un elevado nivel de glóbulos rojos, nivel del que carece el habitante de la llanura y que tan sólo se logra con al menos tres meses de permanencia en esas latitudes. El paso rápido o forzado produce una taquicardia que golpea fuerte en los tímpanos, la respiración se

5. O'Leary. Citado por Cayo Leonidas Peñuela. Página 223.

hace pesada, la garganta se seca, hay náuseas, se crea una situación de ahogo, y en consecuencia, se entra en un estado de angustia. Se siente el cuerpo desfallecer y la sensación de muerte es inminente. No hay ningún remedio. El reposo lo aplaca y el agua de coca lo morigera pero tan sólo el retirarse de la altura acaba tan horrible malestar.

El 6 de julio llega la división de Anzoátegui a Socha, primer pueblo de la provincia de Tunja; la vanguardia le había precedido desde el día anterior. Los soldados, al mirar hacia atrás las elevadas crestas de las montañas, cubiertas de nubes y brumas, hicieron voto espontáneo de vencer o morir, antes que emprender por ellas retirada, pues más temían a éstas que al enemigo, por formidable que fuese.

“En Socha recibió el ejército solícita hospitalidad de los habitantes del lugar y de los campos circunvecinos. Pan, tabaco y chicha, bebida hecha con maíz y melado, recompensaron las penalidades sufridas por las tropas, y las alentaron a conseguir más halagüeñas esperanzas en lo porvenir. Mas al paso que disminuían los trabajos del soldado, se multiplicaban las atenciones en general; la caballería había llegado sin un solo caballo y las provisiones de guerra yacían en el tránsito por falta de acémilas en qué transportarlas; a duras penas conservó la infantería secos sus cartuchos en medio de las lluvias, y las armas en su mayor parte estaban descompuestas y se hacía necesario limpiarlas pronto. Las tropas estaban sin vestido, los hospitales llenos y el enemigo se encontraba a pocas jornadas. Pero no era la grande alma de Bolívar para apocarse ante estos embarazos, que por lo contrario, sólo servían para hacerla cada vez gigante y poner a prueba lo inagotable de sus recursos. Su primer cuidado fue asegurar la subsistencia de las tropas y ponerlas en estado de resistir a los realistas. Con este fin despachó al coronel Lara, cuya actividad en ejecutar las órdenes del presidente era asombrosa, para que con cuantas mulas pudiera reunir saliese a recoger las armas y municiones dejadas detrás, y a reunir los dispersos y enfermos, y mandó también comisionados a recolectar caballos en diferentes puntos y a traer ganados de los campos circunvecinos. Se organizó un hospital, se enviaron

espías en todas direcciones a indagar noticias acerca del enemigo y difundir otras exagerando el número, calidad y disciplina del ejército patriota. Nada quedó por hacerse de cuanto podía aconsejar la prudencia”<sup>7</sup>.

Cuando las primeras luces de aquella mañana comenzaron a ascender, los españoles supieron definitivamente, que emergiendo de las extensas llanuras, una fuerza de hombres decididos a vencer, descendían hacia el interior del Nuevo Reino de Granada.

Lo han hecho en 25 días, del 23 de junio al 16 de julio de 1819 cuando arriban la rezagada legión Británica y los últimos hombres de Ramón Novato Pérez, sin que haya en la historia militar del mundo algo similar. Con nada se puede comparar a este ejército capaz de semejante ascenso, partiendo de 350 metros sobre el nivel del mar y cruzar no menos de cien kilómetros por empinadísimas rutas llenas de cascajo y de abundante barro, increíblemente ablandado por el trasegar de la tropa, llegar hasta más de 5.000 metros.

El propio Bolívar no ha captado la magnitud de la catástrofe que han soportado y gustoso acepta el agasajo rendido por los lugareños.

La importancia de esta hazaña no tiene parangón alguno. Aníbal contaba con ejércitos, Bolívar con una “corte de los milagros”. En segundo lugar Aníbal ascendió por caminos bien construidos a altura máxima de 4.807 metros, Bolívar subió por senderos destruidos a 5.330 metros sobre el nivel del mar.

Terminado el cruce de aquellas soberbias y crueles montañas el balance no podía ser más desalentador: 120 hombres han muerto de físico frío; 1.200 hombres están enfermos en los improvisados hospitales; enfermos por el mismo hielo o por cuanta enfermedad bronquial existe: gripa, neumonía, bronquitis y por supuesto, el compañero paludismo, que en el clima frío se agudiza. Todos los caballos se han perdido, no queda una sola res. La munición de guerra y muchas armas formaban un reguero a lo largo del fúnebre camino. Tan sólo 300 hombres están en pie.

Comenzaría entonces el conteo, para que esta tropa de hombres desnudos, famélicos, enfermos,

6. O'Leary. Citado por Cayo Leonidas Peñuela. Páginas 236 y 237. 7. Ídem. Página 237.



descalzos y armados con lanzas hechas de palo iniciara su marcha para batirse contra un ejército que comandan oficiales que han derrotado a Napoleón, adecuadamente nutridos, con vistosos dolmanes, elegantes morriones, lustrosas botas y armas bien templadas.

Aquí la inmortal letra del Dr. Rafael Núñez:

*Bolívar cruza el Ande  
que riegan dos océanos,  
espadas cual centellas  
fulguran en Junin.*

*Centauros indomables  
descienden a los Llanos  
y empieza a presentirse,  
de la epopeya el fin.*

Canten ¡bardos de todo el mundo! la gloria que causó infinitos males a los españoles y sacrificó almas valerosas de muchos héroes. Canten ¡bardos de todo el mundo! la ínclita hazaña que permitió la aureola distinguida y relevante de la libertad de los pueblos de América. Canten ¡bardos de todo el mundo! la superación de las gestas de los griegos homéricos, donde tomaron parte y bando los dioses olímpicos, y se conmovieron cielo y tierra, cual si supieran que de no intervenir su enaltecida gloria sería mermada. ¡Canten, bardos de todo el mundo! la empresa que por largos años forjó un espíritu áspero capaz de superar con creces la crónica del africano Aníbal, del macedonio Alejandro, del corzo Napoleón. ¡Canten, bardos de todo el mundo! la irrepetible marcha urdida por delirantes genios y surtida por hombres, hijos del sol. ¡Canten! bardos de todo el mundo: ¡el infierno de los Andes!

